

# El poema vivo del amor

UN atardecer de primavera vi en el campo a un ciego conducido por una doncella que difundía en torno de sí nimbo de reposo. Era la frente de la moza trasunto del cielo limpio de nubes; de sus ojos fluía, como de manantial, una mirada sedante, que al diluirse en las formas del contorno las bañaba en preñado sosiego; su paso domeñaba a la tierra acariciándola, y el aire consonaba con el compás de su respiración tranquila y profunda. Parecía aspirar a ella todo el ambiente campesino, de ella a la par tomando avisador frescos.

Marchaba a la vera de los trigales verdes, salpicados de encendidas amapolas, que se doblaban al vientecillo, bajo el sol incubador de la mies aun no granada. En acorde con las cadencias de la marcha de la joven palpataba, al pulsarlo la brisa, el follaje tierno de los álamos, recién vestidos de hoja aun en escarolado capullo e impregnados de la lumbre derretida del crepúsculo.

Apagóse de súbito su marcha (a la vista de un valle rebotante de quietud. Pasó sobre él la doncella su mirada, una mirada verdaderamente melodiosa, y depurado entonces el pobre terruño de su grosera materialidad, al espejarse en las pupilas de la moza, replegábase desde ellas a sí mismo convertido en ensueño del virginal candor de su inocente contempladora. Humanizaba al campo al contemplarlo, ella, más bien que mujer, campestre naturaleza encarnada en el femenino cuerpo virginal.

Cuando se hubo empapado en la visión serena inclinóse al ciego, e inspirada de filial afecto, con beso silencioso, le trasfundió el alma del paisaje.

—¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!— exclamó el padre entonces, vertiendo en una lágrima la dicha de sus muertos ojos. Y se volvió a besar los de su hija, en que perinchía inconsciente piedad.

Reanudaron su camino, henchido el ciego de luz íntima, de calma su lazarrilla.

—¡Dios le bendiga!—dijo al cruzar con ellos un cansado caminante, sintiendo sobre sí la espiritual limosna de la mirada aquella.

—¡Mi vida, mi eternidad, mi luz, mi gloria, mi poema!—rezaba al oído de su hija el ciego en tanto que la rítmica pulsación de la mano que cogido le llevaba recogía la vida de la campiña toda.

Era, sí, su vida, el cáliz en que apuraba con ansia el jugo de la creación; era su eternidad, la eternidad

sobre que rodaban pausadas sus horas a romperse en el olvido en espumosa crestería de dulces recuerdos: era la luz que alumbraba sus tinieblas, con lumbre de amor; era la gloria en que se proyectaba al infinito; era en fin, su poema, el poema vivo de sus entrañas amasado con su carne y con su espíritu, y con su sangre y con su médula, con sus potencias y con sus sentidos.

Había sido Julián, el ciego, de joven un rimador ingenioso, y por ingenioso, frío, un cerebral producto de la ciudad donde pocos van al paso y

donde nunca se oye el silencio. Había sido un destilador de sentimientos quintesenciados en el alambique del ingenio, un alquimista del amor hermano de la muerte, un erótico impotente para amar con fruto. Había sido el cantor de las opulentas rosas de cien hojas, sin perfume, ni fruto, todo pétalos encendidos, nacidas al borde del gordo estercolero.

Enfermo de la ciudad, después de haber vertido en estrofas intrincadas la espuma del amor cerebralizado, tuvo que recogerse al campo a renovar en su frente la vida del cuerpo. Y allí sintió por momentos volverse idiota, que el filtro en que cernía sus exquisitas sensaciones se le enturbiaba, que la carne se le hacía tierra. No podía sufrir el contacto con el aldeano

## Para la biliosidad



## DIABLITOS